

IAL
Ataque!

EL ESPÍRITU COMBATIVO DE UN GRAN PUEBLO

En la actualidad, la Gran Bretaña puede contemplar los cuatro años pasados, que han sido los más importantes y decisivos para su propio futuro — y para el destino del mundo. De haber tiempo para ello, la Gran Bretaña estaría en condiciones de presentar unos anales impresionantes, en los que apareciesen sus esfuerzos para lograr un éxito casi increíble en condiciones análogas a las del frente de batalla; anales que, a pesar de ser todavía incompletos, pueden satisfacer el orgullo de la Gran Bretaña y de todo su Imperio.

Es cierto que en los primeros capítulos hubieron de consignarse trágicos reveses; pero tales reveses sólo sirvieron para hacer aún más compacta la unidad de la Gran Bretaña con su Imperio, para dar nuevos estímulos a la voluntad

indomable de su pueblo y para acelerar en una proporción creciente la producción de su material de guerra. Aceptando un buen grado la disciplina que se impuso a sí mismo, ningún país ha hecho hasta ahora un esfuerzo tan prodigioso. Pero aquellos capítulos contienen también victorias de una importancia mundial, como la Batalla de la Gran Bretaña, y el triunfo logrado sobre la propia desesperación cuando el pueblo británico, en la hora más aciaga de su historia, decidió proseguir la lucha por sí solo.

Ahora, el pueblo de la Gran Bretaña avanza hacia la victoria por distintos caminos orientados a aquel último fin. Una fuerza poderosa — actualmente la Fuerza Aérea más poderosa del mundo — siembra una terrible destrucción sobre la

-22 nh - Unit - P-19 700
máquina de guerra del Eje, en otro tiempo tan orgullosa, y lucha en perfecta coordinación con los grandes ejércitos y flotas que combaten por la victoria.

La Gran Bretaña sostiene también una intensa y constante guerra marítima. ha venido manteniendo desde casi cuatro años a lo largo de millones de millas en todos los mares. Por el simple hecho de su existencia, las flotas aliadas obligan a las del Eje a refugiarse en sus puertos, menos dispuestas al combate que nunca. La incesante custodia ejercida sobre los convoyes durante varios años, está dando ahora sus frutos al aumentar los crecientes éxitos conseguidos contra los submarinos — únicas unidades navales que Hitler puede poner en mar abierto.

Después de la asombrosa evacuación de Dunkerque — episodio que figurará siempre en los anales británicos como una victoria lograda

frente a fuerzas enormemente superiores — la Gran Bretaña acometió, no sólo la movilización completa de sus efectivos militares, sino la organización de sus fuerzas de tierra con arreglo a nuevos principios. Mientras las defensas británicas corrían a cargo de millón y medio de soldados, se constituyeron en el interior del país los grandes ejércitos que después demostraron sus magníficas cualidades combatientes en las victorias de Africa. Provisto de las armas más modernas y eficaces, el Ejército Británico aguarda el momento decisivo para asestar el golpe final contra el poderío de la Wehrmacht.

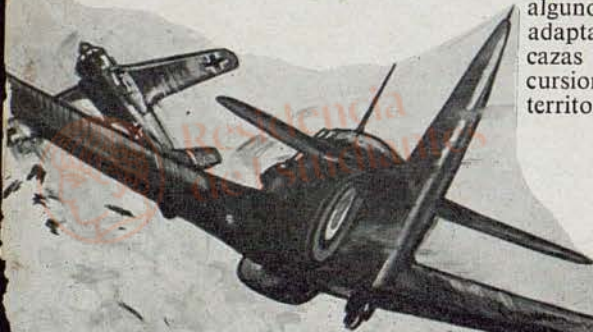
Las fuerzas británicas de tierra, mar y aire, en unión de sus poderosos aliados, están demostrando a un mundo impaciente lo que pueden conseguir el valor y la decisión de un pueblo alentado por el sentimiento de la justicia de su causa.

LOS PILOTOS DE CAZA ATACAN DIARIAMENTE LOS CENTROS VITALES DEL ENEMIGO

En las nubes, por encima del Canal de la Mancha, resuena el eco vibrante de muchos motores. Durante todo el día cruza el cielo una escuadrilla tras otra, en perfecta formación.

Es un ataque normal; casi un acontecimiento diario. Cuatrocientos

o más aviones de caza llevan a cabo la ofensiva, que, si bien hace ya tiempo que perdió su carácter sensacional, no deja por ello de ser intensa y eficaz. Millares de expertos pilotos de caza ingleses tripulan actualmente las "Spitfire" y "Hurricane" más veloces y mejor armados, así como también los "Whirlwind", "Typhoon" y otros muchos tipos, algunos de los cuales, han sido adaptados para emplearse como cazas aislados en las audaces incursiones que realizan contra el territorio enemigo.



Las Reales Fuerzas Aéreas consiguieron establecer, hace ya tiempo, su completa supremacía en el aire sobre el Canal de la Mancha y la costa de Francia, Bélgica y Holanda. Los pilotos de caza ingleses se lamentan de que, cuando operan sobre territorio ocupado por el enemigo, pocas veces osa la Luftwaffe trabar combate con los aparatos agresores.

Ello se debe principalmente a los propios pilotos de caza ingleses, y

quizá por este motivo, concentran actualmente cada vez más sus ataques contra objetivos situados en tierra. Tan poderoso es el potencial de fuego del promedio de los actuales cazas ingleses, que los éxitos conseguidos en sus ataques contra buques, trenes e incluso edificios, les compensan con creces de la ausencia de enemigos en el aire. Por ejemplo, aumenta cada día más el importante papel que desempeña el Mando de la Aviación de Caza en la campaña emprendida contra el transporte nazi. Los aviones especializados en ataques contra trenes, han elevado su pericia a la condición de verdadero arte. Cuando se localiza un tren, le quedan ya a éste muy pocas probabilidades de escapar. Acelerando el motor y con el punto de mira enfocado sobre el objetivo, desciende el caza, disparando proyectiles explosivos a un promedio de centenares por minuto, cumpliendo así la misión que le fué asignada. Ante

un ataque de tal intensidad, ninguna locomotora puede salvarse. Al estallar la caldera, queda inmóvil e impotente. El material móvil, que es tan precioso para el enemigo, se amontona destruido, obstrúyense de esta manera las líneas, y, algunas veces, todo un sistema ferroviario queda fuera de acción. El transporte militar del Eje, sobre el que pesan ya excesivas cargas, ha recibido otro golpe devastador.

Al mismo tiempo, otros cazas británicos atacan barcasas, embarcaciones costeras e instalaciones portuarias, ametrallando aerodromos enemigos y destruyendo aviones del Eje que se encuentran en tierra. Y mientras los cazas basados en Inglaterra, atacan el territorio enemigo, dejando tras sí casi diariamente una estela de destrucción, los aviones pertenecientes al Mando de Caza, mantienen la misma incesante ofensiva en otros muchos frentes.

AVIONES DEL MANDO COSTERO REALIZAN EXPLORACIONES Y ATAQUES

Estos aparatos operan sobre una extensión de diez millones de millas cuadradas de agua, en el Océano Atlántico. Además de correr los riesgos a los que están sujetos los demás aviones en tiempo de guerra, se enfrentan con el peor adversario del aviador: el mal tiempo. La misión que llevan a cabo, quizás sea poco espectacular, e incluso monótona; pero, no deja de ser menos vital que la de cualquier otro cuerpo combatiente. Aquélla la realizan los aviadores que tripulan los "Sunderland", "Hudson", "Wellington", "Catalina", y demás tipos de aparatos que pertenecen al Mando Costero.

La naturaleza e importancia de su contribución a la victoria, quizás se expresa mejor con simples estadísticas: durante los tres años de

guerra, que concluyeron en septiembre de 1942, los aviones del Mando Costero cubrieron en vuelo más de cincuenta y cinco millones de millas, dando escolta a 4.947 convoyes de barcos mercantes. Aunque sus actividades se reducen principalmente a prestar servicio de patrulla en busca del enemigo, consta que han realizado 587 ataques contra submarinos, destruyendo además muchos aviones enemigos. Desde los primeros momentos de la guerra, atacaron, ya por sí mismos, o con la cooperación de aviones de bombardeo basados en tierra firme, muchos puertos enemigos e instalaciones de los muelles. Corresponde principalmente al Mando Costero, la tarea del sembrado de minas en aguas enemigas, y han colocado ya

centenares de miles de ellas. Todas estas operaciones, continúan realizándose cada vez en mayor escala.

Alrededor de la una de la madrugada, el hidroavión despegó. Comienza a amanecer cuando, a la hora y en el lugar señalados de antemano, el aparato se une al convoy que navega en formación. Esto es solamente posible por la gran pericia con que la tripulación del hidro sigue su ruta. Se intercambian señales entre los barcos y el

aparato, comenzando entonces la operación de protección al convoy, que dura de 6 a 7 horas. La tripulación busca con infatigable persistencia aviones enemigos o submarinos que ofrezcan la posibilidad de añadir una nueva víctima a su haber, tras la oportunidad tan esperada de un combate. Probablemente hasta el momento en que otro aparato tome a su cargo la protección del convoy, no se produce ningún ataque enemigo. Por la tarde el hidroavión regresa a su base. Quizás

la sorpresa, durante el viaje, uno de esos cambios imprevistos de tiempo que son tan frecuentes en el Atlántico, y que le obliguen a permanecer en el aire mientras dure el combustible, o a amarrar en las turbulentas aguas, y pasar allí la mayor parte de la noche.

Antes de que el hidroavión emprenda su próxima operación, se



ha delimitado claramente en un mapa que se entrega a la tripulación, la zona del mar que debe explorarse en busca de submarinos enemigos. Patrullando sistemáticamente la zona asignada, y siguiendo una ruta trazada cuidadosamente, la tripulación puede descubrir un submarino que navegue con cautela, sumergido hasta una profundidad que le permita valerse del periscopio. Instantáneamente se realiza el ataque. Desde baja altura, probablemente se lanzarán contra el enemigo bombas de un tipo secreto, concebidas especialmente para la destrucción de submarinos. Es menester una gran precisión de tiro, porque el objetivo es muy pequeño y seguramente intentará escapar, sumergiéndose rápidamente hasta una profundidad que considere segura. Sin embargo, tan repentino es el ataque del hidroavión, que éste consigue uno o más impactos: el casco relativamente frágil del sumer-

gible es perforado, y el submarino estalla. Al evolucionar el avión para evitar los efectos de la explosión de su propia bomba, la tripulación vuelve la vista para contemplar las burbujas, manchas de aceite y los restos, que indican la destrucción cierta del submarino enemigo.


La vigilancia constante de la tripulación no afecta la precisión de su vista, ni la emoción del combate, que quizás dure uno o dos minutos, es causa de que disminuya la vigilancia que ejercen mientras dura el viaje de regreso a su base. Los aviadores del Mando Costero saben que necesitan intensificar sus ataques, hasta limpiar los mares del peligro submarino. Saben también que los nazis temen cada vez más sus inesperados ataques y que ellos, las tripulaciones pertenecientes al Mando Costero, contribuirán poderosamente con sus esfuerzos, a acelerar la victoria en el Atlántico.

BAJO LA ACCIÓN DE INTENSOS BOMBARDEOS, RETIEMBLA EL TERRENO OCUPADO POR EL EJE

Los aviones de bombardeo gigantes, dispersos en los aerodromos de toda la Gran Bretaña, cargados de bombas de alto explosivo, aguardan, dibujándose sus amenazadoras siluetas entre las sombras del anochecer. Sus poderosos motores comienzan a funcionar, mientras las tripulaciones reciben sus instrucciones finales. Entonces, a centenares, las tripulaciones de aviones de bombardeo más expertas del mundo, montan en los aparatos y ocupan sus puestos respectivos. Al prepararse a despegar cada avión, resuena en la noche el ronco zumbido de los cuatro motores; y acelerando, comienzan a elevarse los monstruos de treinta toneladas de peso. Una tras otra, con pocos segundos de intervalo, las potentes escuadrillas


toman altura y se pierden en el horizonte inglés, con rumbo al mar.

Al poco tiempo vuelan ya sobre la Europa nazi. Comienzan a aparecer los reflectores, y las baterías anti-aéreas entran en acción; pero los bombarderos, maniobrando con maestría, evaden el fuego enemigo, y siguen su ruta. Las distintas escuadrillas proceden de diferentes bases de Inglaterra, y en poco tiempo converge sobre la zona del objetivo una poderosa formación aérea, que hace la travesía volando exactamente según un horario determinado de antemano y que inevitablemente conducirá al combate a cada avión, en un momento preciso, minuciosamente estudiado de antemano. La maestría con que se fija y mantiene el rumbo y que no se ha superado en




ninguna otra aviación del mundo, hace posible la sorprendente táctica de bombardeo inglesa, que consiste en lanzar con certera precisión, contra la zona del objetivo, centenares de toneladas de alto explosivo en 15 minutos. Primeramente se arrojan millares de bombas incendiarias, que causarán grandes incendios en amplias extensiones de terreno, y que iluminarán, durante muchas millas, el cielo y el objetivo. Entonces, descendiendo por debajo de las nubes hasta una altura de unos pocos miles de pies, el jefe de ruta y encargado de tiro, que toma el mando del avión y ocupa su puesto para lanzar las bombas,

conduce cuidadosamente al aeroplano hacia el objetivo que se le señaló. La tripulación del avión de bombardeo continúa su camino sin hacer caso del fuego antiaéreo que es ya intenso, y de las concentraciones de los haces de reflectores. Entonces se da la orden: ¡ Atención ! ¡ Atención !; se han lanzado las bombas, arrojándose algunas de 2000, 4000 y a veces 8000 libras de peso, que siembran la devastación en un radio de media milla. Grandes edificios se convierten en ruinas llameantes. Arden voraz-



mente grandes incendios, y cuando nuestros bombarderos regresan a sus bases, más "Stirling", "Lancaster", "Halifax" y otros tipos, se aproximan a intervalos de unos pocos segundos para lanzar su poderosa carga de bombas y aumentar la devastación causada.

Pero el relato no concluye aquí. Los pesados aparatos cuatrimotores son algo más que meros transportes de bombas. Desde sus dos o tres



torretas armadas de diversos cañones, expertos ametralladores contraatacan a las baterías antiaéreas y reflectores enemigos. En muchas ocasiones, antes de concluir un concentrado ataque quedaron fuera de acción las defensas del adversario. Las tripulaciones de los bombarderos que deben volar sobre el objetivo durante una fase más avanzada de la operación, con frecuencia declaran que los reflectores no funcionaban ya y que docenas de baterías antiaéreas fueron reducidas al silen-

cio. Aunque los ataques aéreos que actualmente se realizan contra la máquina bélica del enemigo son intensos, cada vez se incrementan más. Alemania aprende a propia costa, las lecciones que le dieron en Colonia, Lubeck y Essen. La 'invencible' Luftwaffe solamente puede contemplar, impotente, los acontecimientos, mientras se destruyen uno tras otro los principales centros industriales del Reich, en el curso del bombardeo más intenso que registra la historia.

LA INCOMPARABLE FLOTA INGLESA DE COMBATE, DESALOJA AL ENEMIGO DE LOS MARES

Son las once y media de la mañana del 27 de mayo de 1941. Unos cuantos artilleros agotados a bordo del barco de guerra inglés Rodney, salen de sus puestos de combate y bajan a cubierta. Todo lo que les

rodea está cubierto de hollín. Los poderosos cañones, están ennegrecidos y requemados, y el interior del barco, cubierto de trozos de cristales rotos y fragmentos de madera que flotan en charcos de

agua. Sus caras denotan fatiga, pero en sus ojos se refleja la victoria. Juntamente con otros barcos de guerra de la flota británica, libraron un violento y encarnizado combate tras una persecución que duró tres días, y contemplaron como se eligió al formidable "Dorsetshire", para que asestase el golpe de gracia al insumergible "Bismarck", echándolo a pique.

En la historia del hundimiento de este poderoso barco alemán se reflejan todas las características de la marina de guerra inglesa en combate. En esta guerra se han librado pocas batallas navales importantes. La Marina de Guerra inglesa, por la sola razón de su existencia y ubicuidad impide que las escuadras del Eje, o lo que de ellas reste, se aventuren a alejarse mucho de sus bases. Pero en una ocasión memorable, se hizo a la mar, convenientemente escoltado, el mejor barco de guerra de Alemania, el acorazado más pode-

roso que jamás construyó. Por esto, cuando se izó en el crucero "Dorsetshire", construido hacía trece años, la insignia de combate, representó un acto de verdadero heroísmo. La artillería del "Bismarck" era muy superior a la del "Dorsetshire", y los primeros disparos del barco alemán cayeron a cierta distancia del buque inglés, pero los siguientes, se aproximaron mucho más. Tras unos pocos segundos de mortal angustia, parecía como si todos los cañones del "Bismarck" se concentrasen contra el crucero; pero el barco alemán, tuvo que contestar al fuego del acorazado "Rodney", que se aproximaba disparando sus cañones desde la máxima distancia de tiro. A bordo del "Rodney", que se acercaba rápidamente, sus tripulantes trabajaban febrilmente en las torres de artillería, entre el ensordecedor estrépito del combate. Un silbido del aire comprimido y, el ruido que producía el roce, indicaba que las

torres giraban a uno y otro lado. Con movimientos rápidos y seguros, se colocaban los enormes proyectiles de 16 pulgadas en los cañones y el ensordecedor ruido de los disparos se mezclaba con el silbido de las granadas que lanzaba el "Bismarck". Los proyectiles enemigos, producen enormes columnas de agua, que se elevan a una distancia peligrosa para el barco inglés: pero el "Rodney" continúa aproximándose, hasta que al poder disparar eficazmente sus cañones de 6 pulgadas, entran en acción todas las torres de artillería de que dispone. El fuego del "Rodney" es devastador. Ataca repetidamente al "Bismarck" con sus proyectiles de 16 pulgadas, causándole importantes daños. El "Dorsetshire", a pesar de que el barco enemigo concentra contra él todos sus cañones de 15 pulgadas, se aproxima al adversario, silenciando uno tras otro a todos los cañones de menor calibre del "Bismarck". El

crucero inglés consiguió 50 impactos, solamente con sus cañones de 8 pulgadas. Pronto, al callarse los cañones del "Bismarck", estará a distancia adecuada para disparar torpedos. De esta forma, el heroico crucero y el acorazado construido hace 16 años, mantienen el ataque, y en poco tiempo, el orgullo de la marina alemana, ardiendo de proa a popa, queda inmóvil y extremadamente escorado. Entonces, solamente 15 segundos después de que el último torpedo disparado por el "Dorsetshire" hiciese blanco en un costado, el "Bismarck" desaparece de la superficie del mar.



Los barcos de guerra de la incomparable Marina inglesa, navegando con orgullo, mantienen su hegemonía en los amplios océanos, y mientras

las poderosas flotas de combate realizan las misiones que se las encomiendan, otros buques más pequeños, los cruceros, destructores y otras embarcaciones de guerra, prosiguen la infatigable búsqueda de buques enemigos que osen interceptar los grandes convoyes, para atacarles. Recuérdense los poderosos ejércitos que, juntamente con el

equipo complejo que requiere la guerra moderna, ha escoltado a salvo, a través de medio mundo, la Marina inglesa. La prueba fehaciente de su eficacia está en que durante todos los servicios de escolta de las tropas y material enviado a ultramar desde Inglaterra, no se haya perdido más que un hombre por cada 2.200 que se embarcaron.

LOS SUBMARINOS ATACAN LOS APROVISIONAMIENTOS ENEMIGOS, Y SU ACCIÓN REPERCUTE EN LOS EJÉRCITOS DEL EJE

Las tripulaciones de los submarinos viven y luchan, en un reducido espacio, rodeados de tuberías, válvulas, aparatos e instrumentos. Viven, algunas veces durante semanas enteras, en constante peligro y tensión nerviosa, rodeados de incomodidades. Deben

permanecer alerta día y noche, siempre en condiciones de entrar en servicio y cumplir eficazmente su cometido. Pero las tripulaciones de los submarinos británicos, no cambiarían su puesto por ningún otro. Su largo y arduo período de instrucción les proporcionó la

paciencia y resistencia que debe acompañar a su valor y pericia, y constantemente, están de buen humor.

Silenciosamente zarparán un día para llevar a cabo otro servicio de patrulla, que quizás sea una expedición audaz dentro de aguas enemigas. Los sumergibles ingleses tienen que buscar detenidamente a sus víctimas, porque en alta mar encontrarán muy pocos objetivos. Pero a lo largo de las rutas costeras, navegando furtivamente cerca de la orilla, pueden encontrarse, para echarlos a pique, barcos del Eje que transportan cargamentos vitales. Y también hay lanchas torpederas que se pueden destruir, así como objetivos en tierra, que pueden cañonearse de noche. Y si la suerte les favorece, también pueden encontrar petroleros y barcos mercantes, escoltados por destructores, y echarlos a pique. Pueden encontrar incluso algún timorato crucero italiano que navegue

imprudentemente con rumbo a su innoble fin.

El marinero encargado de los hidrófonos ha percibido un ruido. Su experto oído puede determinar de qué clase de embarcación procede la vibración de las máquinas que ha captado. Cautelosamente, el comandante del submarino da orden de que ascienda un poco el sumergible. El periscopio descubre al enemigo — quizás un barco de aprovisionamiento de gran porte, escoltado por un destructor. Silenciosamente el submarino se sumerge nuevamente. Rápidamente se hacen calculos, en los que se tiene en cuenta la velocidad y el rumbo del enemigo, decidiéndose el punto en que se le debe interceptar. Aumenta la excitación entre los tripulantes, y comienza el ataque.

Cada hombre está presto en su puesto de combate. Se cargan los tubos lanza-torpedos. El comandante da repentinamente la orden de ¡Fuego! y con rapidez se manejan

los controles, sumergiéndose inmediatamente el submarino. Se producen entonces momentos de angustiosa y larga espera. Cuando se le contraataca, el sumergible no puede hacer nada más que permanecer inmóvil. Quizás durante horas, enteras permanece en el mismo sitio, y sus tripulantes, si es menester que se muevan, deben hacerlo guardando absoluto silencio. Cuentan bromas y chistes, mientras se enfrentan con diversas formas de morir, todas ellas muy desagradables . . . Una carga de profundidad que haga explosión demasiado cerca puede hacer estallar a la frágil embarcación; o si el ataque de los destructores enemigos se prolonga demasiado, puede enrarecerse rápidamente el aire en el sumergible. Cuando el ruido de la explosión de las cargas de profundidad se ha alejado, y le precede un período de silencio, el submarino asciende otra vez hasta poder utilizar el periscopio



y observar a su alrededor. El destructor enemigo no consiguió localizarlo y hace ya rumbo a su base, después de abandonar al barco mercante que, al irse a pique, sepultó también un valioso cargamento en el fondo del mar. Al anochecer, el submarino sube a la superficie para cargar las baterías y que la tripulación respire aire fresco. Después, se sumerge nueva-

mente, pero esta vez, para llevar a cabo una audaz incursión al amparo de la obscuridad contra un puerto enemigo. En él, si no encuentran barcos que merezcan su atención,

ascenderán silenciosamente a la superficie, y abrirá fuego con el cañón de 4 pulgadas que lleva en cubierta, atacando objetivos tales como ferrocarriles, depósitos de petróleo e instalaciones portuarias. Y cuando el enemigo se haya rehecho de su estupor, se sumerge de nuevo para escaparse, añadiendo en su hoja de servicios otra nueva misión



cumplida. Así se continúa el servicio de patrulla. El inalterable valor y la confianza de sus tripulantes les salvó de los peligros y dificultades, para

que pudieran regresar a su base ondeando una bandera en que con muchas estrellas y barras se simbolizan los éxitos alcanzados.

LAS FUERZAS DE CHOQUE DE LA MARINA DE GUERRA INVADEN EL LITORAL ENEMIGO

No son solamente los grandes barcos de guerra ingleses, provistos de un poderoso blindaje, los que asestan duros golpes al adversario. A través del Canal de la Mancha, y en aguas de la costa del Mediterráneo, operan lanchas torpederas y cañoneras, pertenecientes a la Marina de Guerra inglesa. Son como barcos de guerra de bolsillo, por los que el enemigo siente un sincero respeto. Probablemente los alemanes detestan su presencia, porque estos pequeños barcos se presentan, atacan y desaparecen antes de que el enemigo pueda rehacerse de la

sorpresa. Son tan pequeños que apenas ofrecen blanco, y ni siquiera la artillería más precisa puede competir con su gran velocidad y su capacidad de maniobra. Tal agilidad tiene cuando navega, que a las paredes debajo de la cubierta, se les recubrió de una gruesa capa de goma para amortiguar los golpes, y evitar que se lastimen sus tripulantes. En proporción a su tamaño, son las embarcaciones navales más poderosas del mundo: equipadas con tubos lanzatorpedos en la cubierta y torres de artillería, están provistos de un armamento tan poderoso como

el de otras embarcaciones mucho mayores. Los tripulan jóvenes marineros de gran valor y robustez, porque la misión que desempeñan exige en gran medida estas dos cualidades.

Al anochecer, estos intrépidos marinos, tripulando sus pequeñas embarcaciones se hacen a la mar desde sus bases. En poco menos de 30 o 40 minutos estarán combatiendo con barcos enemigos que naveguen furtivamente, siguiendo la costa y en aguas del adversario. Saben exactamente cual será su objetivo, porque en el curso de reconocimientos aéreos, se ha recogido información detallada del pequeño convoy enemigo que navega por la costa, así como de los barcos que le escoltan. Se cargan los tubos lanzatorpedos y la tripulación se dispone a abrir el fuego. Sin disminuir su velocidad, el pequeño barco se aproxima rápidamente al enemigo, dispara el torpedo y vira inmediata-

mente para ponerse a salvo. Salpicando el agua sus caras, la tripulación desde las torretas de ametralladoras repele el ataque de cualquier avión enemigo que escoltase al convoy. Simultáneamente, las minúsculas cañoneras atacarán con sus cañones de 4 pulgadas aquellos objetivos que se les haya señalado de antemano, y después de incendiar a otro barco enemigo, desaparecerán, dejando tras si una enorme estela de agua. Una y otra vez la escuadra en miniatura ataca, y uno o dos torpedos hacen blanco otra andanada silencio los cañones montados en la cubierta de un buque de escolta, y virando rápidamente se ponen enseguida fuera del alcance del enemigo. Reina gran confusión entre las restantes unidades que forman el convoy enemigo. Sorprendidos ante la rapidez del ataque y la visibilidad considerablemente disminuía por las columnas de humo, los barcos

enemigos siguen disparando ciegamente, pero esta vez contra sí mismos. Quizás las baterías de costa enemigas abren fuego; pero ya entonces, una vez cumplida la misión asignada para aquella noche, las pequeñas tropas de choque navales hacen rumbo a sus bases, y se encuentran a una distancia que es imposible que alcancen los cañones.

Gracias a sus incursiones regulares en el Canal de la Mancha, las lanchas torpederas y las cañoneras infligen duras pérdidas al enemigo. En la costa del Norte de África, sus audaces operaciones contribuyeron con éxito a la gran estrategia que culminó en la aniquilación de todas las fuerzas del Eje en África. Han demostrado una y otra vez que son

un arma muy eficaz para ataques por sorpresa. Y a los barcos del Eje que navegan cautelosamente a lo largo de las costas de Europa y del sur de dicho continente, les aguardan muchas más sorpresas desagradables.



EL BARCO MERCANTE SE ABRE CAMINO CARGADO DE MATERIAL BÉLICO

Cual harapiento vagabundo de los mares, allá va el barco mercante cargado hasta los topes de material de guerra — es posible que lleve unas mil toneladas de altos explosivos — hasta sobre cubierta lleva la mercancía debidamente amarrada para hacer frente a los embates de los tempestuosos mares. Su abigarra-da tripulación esta formada por gentes de todas las edades y escalas sociales. Algunos son viejos lobos de mar que se han pasado la vida corriendo por todos los océanos; otros son completamente neófitos en tales menesteres. Pero cuando llega el momento de luchar, todos son veteranos — hasta el más joven de ellos probablemente se ha visto ya envuelto en alguna escaramuza.

Muchos de ellos saben ya por experiencia lo que supone que su barco sea echado a pique con el consecuente bombardeo, torpedeamiento y fuego de ametralladora; quizá han tenido que pasarse varios días a la deriva, a merced de las olas, en un



pequeño bote sin protección alguna; tostándose al sol tropical o tiritando de frío en los mares polares. Pero, indefectiblemente, cuando llegan sanos y salvos a sus hogares, lo único que anhelan es volver otra vez al mar para formar parte vital del convoy.

Luchando y maldiciendo, en ese cascarón, juguete de las olas, logran al fin entregar el cargamento que se les dió en custodia, en el puerto de destino.

Hasta cuando el viaje resulta "sin novedad" tienen que luchar los barcos del convoy contra los temporales del Atlántico. Tanto se encuentren con el enemigo como si no, algunas veces sólo pueden llegar a puerto gracias a la pericia consumada de la tripulación.

Al sonar el toque de alarma, la tripulación, inmediatamente acude a su puesto determinado. De entre las nubes aparece un aparato de bombardeo nazi que, descendiendo, parece que va a atacar el barco. El capitán, no obstante, sigue su camino impasible, seguro de la pericia y valor de sus artilleros a bordo. Al acercarse el avión hay unos momentos de indescriptible emoción, pero el artillero no dispara hasta que el aparato está indis-

cutiblemente a tiro. El avión resulta tocado pero no averiado de gravedad. Gracias a esto — y en realidad es lo que importa — el proyectil enemigo no ha dado en el blanco y sólo consigue hacer que el barco se balancee, pero nada más. Remontándose de nuevo el "Focke-Wulf", vira para lanzarse de nuevo al ataque, y otra vez el artillero espera paciente hasta estar seguro de no errar el tiro. El aparato enemigo se acerca y entonces el artillero dispara rápidamente sin cesar hasta que al cabo de algunos segundos, el avión, tratando de remontar su vuelo, cae al mar envuelto en humo a media milla por el lado de estribor.

Las tripulaciones de los mercantes rara vez ven los destructores que zigzageando alrededor del convoy están siempre alerta para atacar a cualquier submarino enemigo que se presente. Poco después, el convoy ya se encuentra bajo la protección de la aviación costera que le prestará

escorta hasta que llegue a puerto. Solo resta el descargar la mercancía de los barcos, grandes y pequeños, que componen el convoy; y después de esto, emprender el regreso para otro viaje.

La batalla de los convoyes no puede terminar hasta que la victoria del Atlántico haya sido ganada. Las grandes flotas mercantes, cada día mayores, tienen que surcar los mares con sus cargamentos de municiones y alimentos, además de infinidad de materias imprescindibles que deben ser suministradas continuamente a la

nación beligerante. En el momento actual hay más de 2.000 barcos mercantes de esta clase que cruzan los océanos llevando a cabo su rutinario pero vital acometido.

El número de millas que en esta labor ya se han recorrido es equivalente a más de 6.000 vueltas alrededor del mundo. Los artilleros de convoyes han destruido más de 115 aparatos enemigos. Todos estos barcos y todas estas curtidas tripulaciones ayudan a Inglaterra y a sus aliados para poder conseguir una rápida victoria.

LA AVIACIÓN DESPEGA DESDE UN POTENTE PORTAVIONES PARA ATACAR AL ENEMIGO

En ninguna estación del año se puede decir que el viaje a Rusia por la ruta septentrional sea un viaje de placer. El derrotero pasa peligrosamente cerca del territorio ocu-

pado por el enemigo. Durante la mitad del año es de día durante las 24 horas en aquellas regiones árticas. No hay, pues, obscuridad que pueda proteger en caso de ataque. En

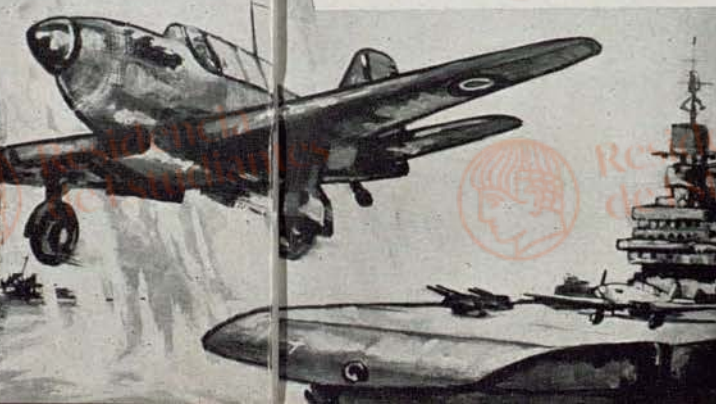


invierno, los hielos empeoran el problema de la navegación; y el frío es tan intenso que si se pone la mano en contacto con el metal se corre el riesgo de perderla para siempre.

Para los muchachos de la Aviación Naval esta es la ruta anhelada. Al principio, solamente algunos aviones de reconocimiento despegan del portaviones girando y girando alrededor del gran convoy en busca de los

submarinos y lanchas torpederas enemigas que estén al acecho, o bien en espera de la repentina aparición de la Luftwaffe. Y la busca no es en vano, pues a lo lejos se divisa un avión enemigo que después de breve lucha es derribado y cae en el mar. Entonces empieza la batalla.

Sobre la espaciosa cubierta del portaviones la escuadrilla recibe órdenes de estar lista. Una tras otra van remontándose los aparatos prestos para el ataque. Los nazis disponen de poderosas fuerzas. Los aviones de bombardeo lanzatorpedos Heinkel van casi deslizándose sobre las aguas con la esperanza de poder asestar algún golpe certero dirigido a un barco con valioso cargamento. Volando a gran altura llegan numerosos "Junkers 88" y tratan de bombardear en picado. Infinidad de cazas alemanes intentan darles protección. Los pilotos de la Aviación Naval les atacan rompiendo las formaciones y evitando que los



atacantes descarguen sus bombas sobre los objetivos.

Los aviones ingleses regresan al portaviones para repostarse de combustible y pertrecharse de nuevo con municiones. El "aterrizaje" es algo muy movido. Al descender los aparatos nazis de bombardeo en picado, los artilleros aéreos del portaviones enfilan sus cañones hacia ellos para que antes de que descarguen sus bombas sean dispersados por una lluvia de metralla que los acribilla.

Con matemática precisión los pilotos ingleses "aterrizan" en el estrecho espacio destinado para ello en el portaviones, tomando quizás un sandwich y una taza de té, y remontándose otra vez para reanudar la lucha. Puede darse el caso de que cada una de estas incansables escuadrillas haga hasta diez y ocho salidas en un solo día.

A pesar de la lucha que se está desarrollando en las alturas, los barcos del convoy siguen impasibles

su ruta; la lucha quizás continúa durante dos o tres días. Algunos aparatos ingleses se pierden, pero sus tripulantes logran salvarse. Las pérdidas enemigas son considerables: se destruyen veinte o treinta de sus cazas y aparatos de bombardeo, y varias docenas más sufren averías de tal índole que probablemente no pueden regresar a sus bases. Lo más importante es que el convoy, con su preciosa carga, apenas sufre daño alguno y cuando los grandes transportes llegan a los puertos rusos del Ártico, descargan muchos millares de toneladas de material bélico para el gran aliado oriental de las Naciones Unidas. Durante la descarga, la aviación rusa coopera con la inglesa para prestar protección a los barcos.

Sin embargo, su cometido no termina aquí. Todavía tienen que escoltar el regreso de los barcos cuya protección se les ha encomendado y que tienen que volver a

pasar por zona peligrosa. Debido a esta actividad continua, los aviadores

navales anhelan poder prestar servicios en esta ruta.

OFENSIVA DE TODAS LAS ARMAS EN OPERACIONES COMBINADAS

Cuando los Aliados hicieron el inolvidable desembarco en las costas del Norte de África, en la más grande operación anfibia que registra la historia, el mundo empezó a darse cuenta del verdadero significado de la frase que ya empezaba a hacerse familiar — “Operaciones Combinadas”. Con la magnífica organización y perfecta sincronización, gracias a las cuales se pudo realizar el desembarco de ejércitos y millares de toneladas de armamento y avituallamiento en sitios determinados y a la hora prevista con exacta puntualidad, se demostró que las lecciones aprendidas en Vaagso, St. Nazaire, Dieppe y otros puntos

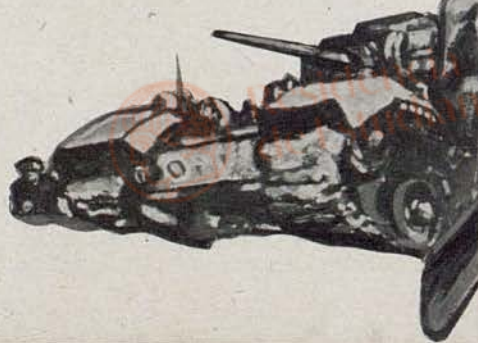
similares no habían sido en vano.

Al anochecer se embarcan fuerzas de naturaleza muy variada. Los transportes de la infantería están llenos de hombres perfectamente armados. Cerca de los mismos se hallan los lanchones de desembarco que pondrán a estos soldados en tierra firme con su equipo. Otras barcasas de distinto tipo y tamaño avanzan en formación, y detrás de ellos vienen los lanchones para el desembarco de tanques, de proel especial para facilitar su bajada a tierra. La Marina de Guerra provee una escolta de destructores, cañoneros y lanchas motoras. Las flotillas de dragaminas van abriendo paso a bastante dis-

tancia por los sitios donde se sospecha que hay minas. Una vez que se ha logrado abrir paso, las fuerzas se colocan en orden de batalla preparándose para atacar de frente y por los dos flancos según lo previsto en el plan. Mientras tanto la tercera arma de ataque — las Fuerzas Aéreas — ultima su preparación. Las tripulaciones de los aviones de bombardeo y caza reciben las instrucciones finales, y al amanecer la aviación se une a las fuerzas embarcadas que ya están muy cerca de las costas enemigas.

Las embarcaciones tocan fondo en las playas al tiempo que se abre un nutrido fuego por parte de los buques de la escolta. Los nazis están listos en sus puestos de defensa, pero las tropas inglesas están invadiendo por avalanchas las playas y a campo traviesa llegan al enemigo, atacando sin cesar con sus armas automáticas y granadas de mano. Otras unidades se dedican a demoler

las obras de defensa con cargas explosivas y, para aumentar la confusión, los aparatos de bombardeo atacan las carreteras y ferrocarriles del interior. Los nazis piden angustiosamente socorro, pero la Luftwaffe está demasiado ocupada en otros sectores. Se atacan los campos de aviación vecinos desarrollándose al mismo tiempo encarnizados combates en el aire. Las pérdidas nazis empiezan a aumentar. Entre el indescriptible fragor de la batalla se desembarcan los tanques



ingleses y acuden las fuerzas de infantería para apoyar la labor de aquéllos. Al reponerse de la primera sorpresa, la acción enemiga es más tenaz, pero las fuerzas de ataque, luchando con destreza y ferocidad, van abriéndose paso sin vacilar. Las tropas inglesas llegan al centro de la ciudad después de abrirse camino en las calles palmo a palmo, y a continuación toman nuevas posiciones. Mientras tanto, los buques ingleses están alerta hasta que llegue la hora de recoger la expedición de desem-



barco con objeto de devolverla a su punto de partida. Desde los barcos se oyen los estampidos de sus propias fuerzas de tierra y el lejano retumbar de una violenta explosión. Un destacamento de soldados ingleses ha volado un arsenal nazi. Todo se va llevando a cabo de acuerdo con el plan previsto por el Mando.

Horas más tarde, en el momento indicado, después de realizar la labor asignada, las tropas inglesas se retiran dejando tras de sí un montón de ruinas humeantes. Destruyen los tanques que no pueden reembarcar, y aunque el número de bajas ha sido considerable, han llevado a cabo las órdenes recibidas, a la vez que han conseguido una información vital y capturado muchos prisioneros. Las infatigables Fuerzas Aéreas continúan protegiéndoles hasta que, sucios y rendidos por la ruda lucha, regresan a las costas de Inglaterra.

LAS FUERZAS DEL EJE SE DESCONCIERTAN ANTE EL RÁPIDO ATAQUE DE LAS TROPAS AÉREAS

El zumbido de la aviación rompe de pronto el silencio. En el cielo despejado y azul se divisan de pronto unos puntos diminutos que, descendiendo en pequeños grupos, van paulatinamente aumentando de tamaño. En cuestión de pocos minutos, un ejército inglés del aire ha puesto pie en territorio enemigo.

Durante muchos meses estos muchachos han estado trabajando, ensayando y entrenándose. La tarea de esta clase especial de tropa requiere que sean los soldados más

aptos, fuertes y determinados del mundo. Antes de que puedan presentarse como voluntarios del ejército del aire inglés, tan lleno de aventuras, tienen que haber pasado



un entrenamiento completo y ser unos soldados consumados. La consiguiente preparación, intensa y meticulosa, les convierte en una unidad magnífica para la lucha. Cual veteranos, se deslizan hasta aterrizar desde varios millares de pies de altura; con destreza ponen pie a tierra, recogen sus paracaídas soltando el correa, y en pocos segundos actúan con rapidez y destreza. Con armas o sin ellas, son capaces de aniquilar al enemigo de una docena de modos distintos.

Al principio, puede darse el caso de que no haya oposición alguna, quizás porque el enemigo no se haya dado cuenta aún de su presencia. Los paracaidistas emprenden su camino con cautela, ocultándose cuidadosamente hasta llegar a su destino. Cada uno de estos soldados está completamente equipado para el trabajo especial que le ha sido encomendado, no solamente con armas automáticas, eficaces y sufi-

cientes municiones, sino con otras cosas tales como agua, raciones de urgencia y la capa impermeable. Por medio de paracaídas de colores se les envían más armas en recipientes especiales, de modo que esta reducida fuerza se convierta en una unidad de lucha completamente equipada. Siguen avanzando hasta llegar a su destino — que bien puede ser un campo de aviación enemigo. Acercándose y colocándose cada uno en posición táctica, determinada de antemano gracias a las fotografías de reconocimiento, toman nota de sus detenidas observaciones. En el campo se hayan varios aviones dispersados. Al anoecer, con rápido movimiento y antes de que el enemigo tenga tiempo de defenderse, se destruyen los aviones. Simultáneamente, los centinelas han sido calladamente puestos fuera de combate. Acto seguido, se entabla una violenta lucha y asalto al enemigo, cogiéndole por sorpresa.

Poco después, todo el aerodromo cae en manos de las fuerzas inglesas.

Al tiempo que los paracaidistas continúan su marcha hacia el próximo objetivo o bien regresan a sus líneas, sus compañeros, llegados en los planeadores, van descendiendo en masas compactas para consolidar la posición. Los pilotos de estos planeadores son muchachos que combinan la destreza de la lucha con la pericia del vuelo en mayor grado que cualquier otra clase de soldados. En primer lugar, son unos bravos muchachos de reconocida audacia y habilidad, con sólidos conocimientos de la táctica de choque hasta el punto de ser considerados como algo sin rival en el mundo. Muchos de ellos son Commandos, reconocidos por los propios nazis como soldados "demasiado bravos para ellos". Además de esto, deben tener las aptitudes de un piloto de las Fuerzas Aéreas porque su entrenamiento de vuelo es exactamente el mismo. Más aún; han

tenido que seguir otro curso intensivo para aprender a volar sin motor. Son muchachos con sentido común, habilidad y valor. Personalmente, son los responsables de cada uno de los veinte o treinta soldados que ocupan su planeador, y como con sus aparatos sin motor no hay posibilidad de repetir los intentos, tienen que hacer un aterrizaje suave y perfecto en la única oportunidad que se les presente de hacerlo al llegar al sitio determinado.

Una vez en el punto de destino fijado de antemano, los planeadores, en perfecta formación, desenganchan los cables que les unen al poderoso avión remolcador, y desde ese momento quedan sueltos e independientes. Rápidamente y en absoluto silencio se van acercando al enemigo. Sorteando el viento lanzándose en picado, y en caso necesario, pueden aprovechar la gran velocidad que llevan para esquivar obstáculos saltando como un "Spitfire". Luego,

Residencia de Estudiantes

lentamente, van descendiendo hasta que sus patines, deslizándose suavemente por tierra, actúan como frenos y entonces el avión queda inmóvil, todo ello en un silencio absoluto. Se abren las portezuelas y los planeadores dan salida a sus cargamentos humanos. El aparato se abandona, pues ya ha cumplido su misión para siempre. Los pilotos toman su puesto de lucha al lado del resto de las tropas. Aterrizan otros planeadores con cargamentos de provisiones y armas, y las tropas aéreas forman rápidamente con objeto de estar listas para la batalla.

Para estos hombres no hay regreso. Tienen que seguir atacando hasta llevar a cabo su misión. Ejecutan con pericia las órdenes que se les han encomendado después de estudiarlas cuidadosamente de acuerdo con el plan estratégico, y establecen rápidamente contacto con otras fuerzas inglesas aniquilando al enemigo que encuentran a su paso.

NO HAY MEJORES SOLDADOS QUE ESTOS

Silencio profundo, silencio que impera por todo el frente — como si se hubiese amortiguado el ajetreo de la preparación hasta reducirlo a la quietud más impresionante. En El Alamein, en Mareth y en las abruptas montañas de Túnez ocurrió lo mismo. Es ese silencio profundo que precede al momento decisivo, antes de estallar el estruendo y espantoso fragor desencadenado por la ofensiva inglesa.



Durante varias semanas, quizás meses, cada sección y grupo de la complicada organización se ha estado preparando para su cometido particular en la futura ofensiva. Los jefes han estado perfeccionando la técnica inglesa de lucha que convierte en una unidad coordinada las fuerzas de tierra y aire, y cuando la táctica lo exige, la cooperación naval. Todo soldado conoce el extenso plan de batalla, se da cuenta de sus modalidades y comprende su propia responsabilidad. Cada soldado del moderno ejército inglés tiene su trabajo especial que llevar a cabo, y se le educa de modo que pueda usar su propia iniciativa. En cada sector se toman las debidas posiciones. Todas las armas, y cada pieza del equipo funciona perfectamente. Se consultan cuidadosamente los relojes para comprobar su sincronización. Un poderoso ejército (Radio Roma dijo que el Octavo Ejército era la

mejor unidad bélica del mundo) esta dispuesto para el ataque.

“¡Fuego...!” El silencio se convierte en espantoso estruendo; continuos resplandores y ráfagas de luz rompen la obscuridad en un trecho de varios kilómetros donde se alinean en formación cerrada infinidad de cañones. Las descargas ensordecedoras continúan sin cesar hasta que las poderosas defensas enemigas quedan completamente destruidas. Contra el sistema inglés de concentración intensa (tan eficaz en los bombardeos aéreos), aplicado ahora por la artillería, no hay defensas estáticas que puedan resistir.

Una vez terminada esta primera fase se suspende el cañoneo y entre nubes de polvo y humo avanza la infantería. La escena es profundamente impresionante al ver a esos hombres, endurecidos por la gran

experiencia adquirida bajo el fuego, avanzar imperturbables y lanzarse furiosos al ataque. Ante el fuego intenso de sus armas automáticas y morteros, el enemigo que todavía queda defendiendo las maltrechas posiciones del Eje, retrocede incapaz de resistir un ataque tan arrollador. Poco a poco van acercándose hasta que a punta de bayoneta conquistan definitivamente los últimos baluartes del enemigo.

Las brechas abiertas en las líneas del Eje deben reconocerse y ensancharse. Además, tienen que consolidarse para la artillería inglesa, cuyo formidable empuje tendrán que hacer frente las ya batidas fuerzas enemigas en sus segundas líneas de defensa, a menos que se retiren en desorden. Así, pues, a continuación del primer empuje de la infantería, un destacamento de hombres decididos y capaces — los zapadores y el

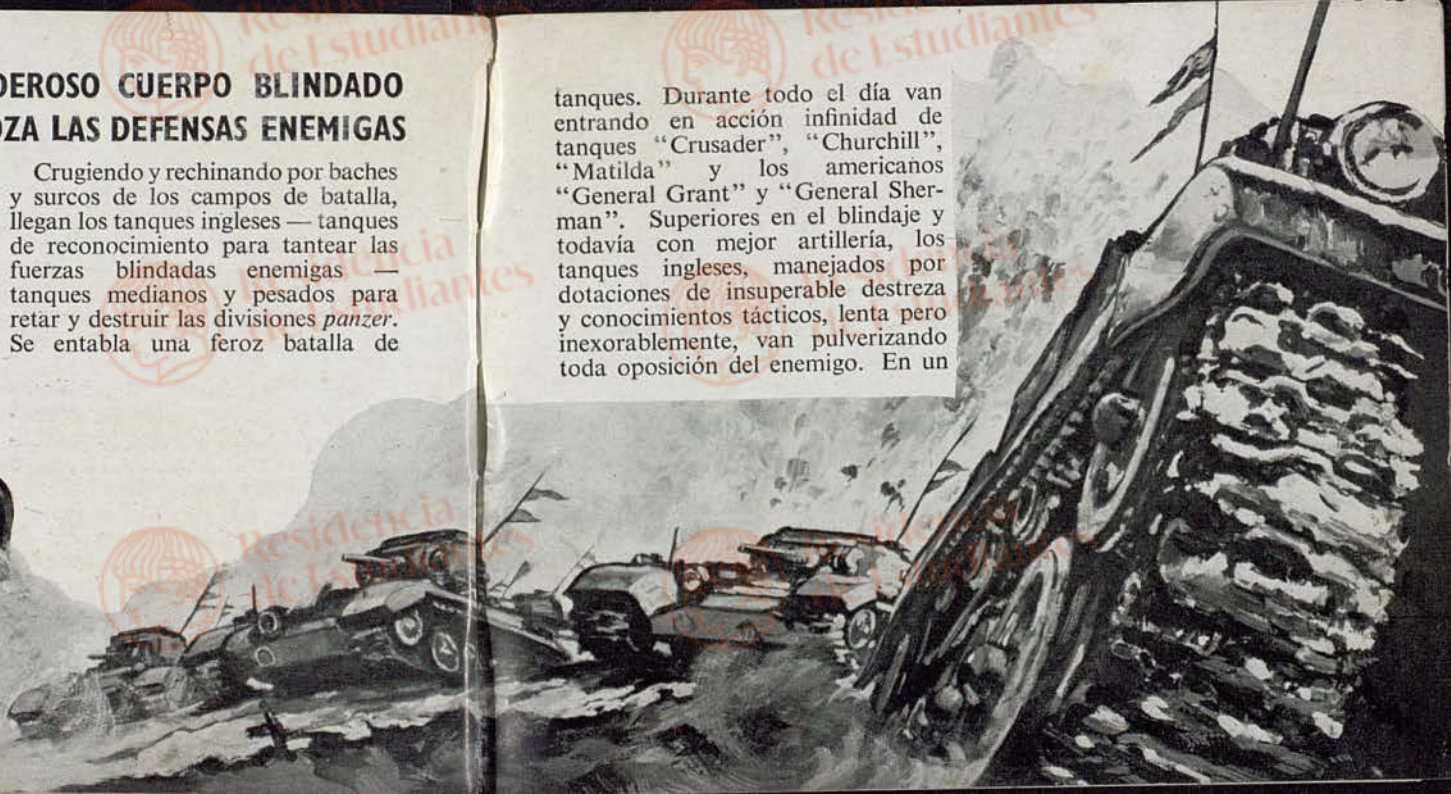
Cuerpo de Ingenieros — se dedican a limpiar el paso a través de los campos de minas del enemigo. Provistos de eficaces aparatos detectores, avanzan sin reposo localizando las ocultas trampas mortíferas y desmontándolas para hacerlas inofensivas. Con cintas blancas que van desenrollando de grandes carretes marcan el progreso hecho e indican el camino a seguir por la artillería y vehículos blindados que marchan a continuación. La infantería continúa su impetuoso avance en formación abierta. El enemigo, retirándose en completa confusión, y después de sufrir enormes bajas, no tiene tiempo para rehacerse. La brecha se hace mayor y se consolidan las nuevas posiciones inglesas. La infantería inglesa puede ya gozar del triunfo cuando apenas empezaba a sentirse fatigada. Por fin, después de dura lucha, ha conseguido el avance deseado.



EL PODEROSO CUERPO BLINDADO DESTROZA LAS DEFENSAS ENEMIGAS

Crugiendo y rechinando por baches y surcos de los campos de batalla, llegan los tanques ingleses — tanques de reconocimiento para tantear las fuerzas blindadas enemigas — tanques medianos y pesados para retar y destruir las divisiones *panzer*. Se entabla una feroz batalla de

tanques. Durante todo el día van entrando en acción ininidad de tanques "Crusader", "Churchill", "Matilda" y los americanos "General Grant" y "General Sherman". Superiores en el blindaje y todavía con mejor artillería, los tanques ingleses, manejados por dotaciones de insuperable destreza y conocimientos tácticos, lenta pero inexorablemente, van pulverizando toda oposición del enemigo. En un



choque violentísimo de esta índole ambas partes sufren bajas, pero el victorioso ejército inglés es toda una máquina completa de batalla y lleva consigo un equipo elaborado para la reparación y mantenimiento de todos sus vehículos blindados y otras armas de guerra. A medida que la batalla va desarrollándose con increíble rapidez, más y más territorio va cayendo en poder de los ingleses, y los restos destrozados de la artillería y tanques alemanes quedan esparcidos por el campo de batalla. Con la desordenada y frenética retirada del enemigo la batalla ha dejado de ser una batalla para convertirse en una derrota.

Y ahora tenemos la titánica tarea de abastecer a un ejército que está desplazándose continuamente — un ejército con un apetito prodigioso, pidiendo municiones, carburantes, recambios de equipo y mil otras cosas. Pero el plan administrativo, minuciosamente elaborado antes de

comenzar el avance, opera eficazmente y con toda suavidad, y gracias a la labor del Intendente General y personal a sus ordenes, el avance sigue sin demora.

Comprendiendo que no puede tener esperanzas de detener el avance de un ejército tan eficaz, las desintegradas fuerzas del Eje se batan en retirada, pero por rápidas que huyan del continuo castigo de los elementos avanzados ingleses, no pueden escapar de los incesantes ataques de los aviones de bombardeo británicos. Las carreteras quedan obstruidas por los vehículos de transporte abandonados, y a medida que cae mayor número de vehículos destrozados por las bombas y el fuego de la artillería, crece la confusión en las líneas enemigas. Con los nervios deshechos y aturdidos, los soldados del antes flamante Afrika Korps, huyen des-pavoridos ante la ofensiva terrestre y aérea cuya fuerza y empuje jamás habían experimentado.

La indiscutible supremacía de las fuerzas inglesas en el mar une y liga las fuerzas de la libertad en esta lucha mundial. También en el aire Inglaterra es ahora muy superior a la Luftwaffe, que en otras épocas tuvo el predominio.

Las brillantes victorias terrestres de los ejércitos ingleses demuestran sin la menor duda que todas sus fuerzas poseen la destreza, el vigor y el inquebrantable propósito de seguir adelante en busca de nuevas victorias hasta que, juntamente con sus grandes aliados, destruyan de una vez para siempre la amenaza que se cierne sobre la libertad de los pueblos.

